



"La Nación", Buenos Aires 6-196
 22 febrero 1920
 (Requiere en "de esto y de aquello" tomo IV)

LITERATURA DE MODISTERIA

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS LIBROS PARA NIÑOS Y LAS MUJERES. Y EN CONTRA DE LAS NOVEDADES LITERARIAS

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para La Nación)

SALAMANCA, enero de 1920.

Alguien desde ésa, por preguntarme algo, me pregunta qué novedades literarias hay ahora por acá, por España, y se me queja de que jamás me ocupo en semejantes novedades. ¿Novedades? No creo que la literatura española ofrezca hoy nada de nuevo. Como no sea que le demos al término ese de «novedades» el sentido que le dan los sastres y las modistas o los modistos. La novedad de la estación! ¡La última novedad!

Y muchas veces la última novedad es la menos nueva. El «Hamlet», «La vida es sueño», el «Brand» serán siempre más nuevos que la última comedia, que despierta el interés del público ávido de novedades. Y mucho más, que la última película de cine.

Hablé de modistos y no así al buen tuntún. Muchos de nuestros escritores me parecen modistos. Escriben libros para señoras y señoritas y estos libros son necesariamente horriblos.

El escritor, el artista, que tenga sana conciencia de su misión de arte y de cultura, debe escribir para... en español no tenemos una palabra propia. Lo diré, pues, en latín y en griego—¡perdón!—explicándolo luego. El escritor que tenga sana conciencia de su misión de arte y de cultura, debe escribir para «homines» «anthropos». «Homo», en latín, «anthropos», en griego, incluye al varón «vir, anes» y a la hembra «femina», «gyne», es la especie humana. Y se debe escribir para el hombre, que incluye a la mujer y al varón. Y hasta al niño.

¿Conoces, lector, nada tan horrible y huero como esos libros que algunos adultos escriben «para los niños»? A mí me hacen el efecto de una persona mayor de edad, de un anciano acaso, que se pone a hablarle a un niño balbuciendo y con lengua de trapo, esperando ser así mejor entendido. O como el que chapurrea a gritos a un extranjero para que éste le entienda mejor.

Y entretanto, los libros que con más gusto y provecho leen los niños, no son libros que se escribieron para ellos, sino para hombres. Un niño lee con deleite la «Odisea», y el «Robinson Crusoe» y los viajes de Gulliver.

Y tan detestable como escribir «para» niños es escribir «para» mujeres, considerándolas, ¡claro está! como niños. A esos escritores para mujeres que estiman, hay preocupaciones e in-

quietudes y problemas que a éstas no les interesan, no pueden interesarles, a esos escritores les llamo yo modistos. Y a su género modistería.

Y la modistería no es siempre fiez. La literatura de Felipe Trigo, por ejemplo, no tenía nada de fiez y era modistería, pura modistería. Felipe Trigo escribía para mujeres. Lo más de su público lo formaban mujeres, mujeres que no han llegado a hombres, a «homines», mujeres que no se han preocupado de los grandes problemas humanos, de los que atañen a la especie toda, al género humano entero, sin distinción de sexo.

Muchos reverendos eclesiásticos, parecen escandalizarse de los rumbos

que va tomando la moda femenina, de vestirse o más bien de desvestirse. Y por nuestra parte si vemos en ello algo de alarmante, no es por el aspecto de la sensualidad, sino por el de la vanidad. Es un empeño loco de que no nos preocupemos sino de mirarlas; es un empeño loco de monopolizar nuestra atención. Sabemos de una dama que acudió a una conferencia de un hombre público, que era esperada con grandísima ansiedad y acudió a ella con un vestido—o mejor dicho, con un desvestido—tan estrepitoso y llamativo, que los oyentes por mirarla a ella no oían lo que el orador decía. Y es lo que iba buscando. Y la dama era de las que se dice que son honradas. Honradas, sí, pero ferozmente frívolas.

¿Sufragismo? ¿Feminismo? No comprendo el feminismo sino de una manera y es que la mujer luche porque se la considere como hombre, no como varón, como hombre en el sentido que he expuesto ya, que sus problemas son los problemas comunes del género humano. Y que no puede ni debe haber una literatura «para» señoras.

¿No ha caído en tus manos, lector, una de esas ilustraciones o magazines en que todo parece supeditado a la sección de modas? ¿No te has fijado en los problemas de que trata, o mejor en los problemas de que no trata o en los no problemas de que trata? Iba a decir en los no problemas de que no trata. (Porque se puede creer que hay Dios, creer que no hay Dios, no creer que hay Dios, y no creer que no hay Dios) ¡Cuánta mangla!

Mangla es una enfermedad que padecen ciertos frutos, la aceituna y la bellota entre ellos, y que es una degeneración sacarina o azucarada. También le llaman mela. El fruto melado o que padece de mangla se disuelve en un jugo azucarado, que es muy apetecido de las abejas para fabricar su miel. Las abejas hacen miel con la



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.



mangla de la aceituna, pero la cosecha de aceite se pierde.

Esa literatura «para» señoras y señoritas suele ser mangla, pura mangla. Por mi parte no la soporto. Me empacha y me estomaga.

Desde que tengo uso de razón y me dediqué a la literatura vengo fijándome en los grandes éxitos de librería y estudiándolos, vengo buscando las razones a que se debe que un libro de literatura, de ficción, sea novela o drama o poesía, obtenga mucha venta. Y casi siempre he encontrado debajo del éxito o la mangla o el alcohol, es decir, el narcótico. Y ahora más. Porque ahora la gente quiere olvidar las perspectivas del mañana.

No, no leo las obras de literatura que obtienen mayor éxito de momento hoy. Y no las leo por lo mismo que no voy al cine. Espero a que el tiempo haga que esas obras maduren. Porque las obras de arte maduran con el tiempo. ¡Y hay tanto que releer!

En un estudio en inglés sobre Plotino que me envía desde Oxford su autor, Antonio R. Pastor, leo una sentencia que me ha herido profundamente la mente, y es que refiriéndose al tan asendereado aforismo de Buffon de que el estilo es el hombre, el Sr. Pastor dice que el estilo es la cosa misma.

Los modistos, por ejemplo, no pueden tener estilo. Y no pueden tenerlo porque no son hombres. Un varón pre-ocupado de vestir mujeres, y de vestir-

las como mujeres y no como hombres en el sentido ya expuesto, no es un hombre. Un escritor que escribe para mujeres y de tal modo que excluye los grandes problemas humanos o los supedita a los de la sexualidad, no puede tener estilo porque no es hombre. Y la cosa en sí tampoco puede tenerla.

Hay un asunto eterno de poesía—se dice,—y es el amor. Indudable, pero el amor no tratado al modo de los modistos. En ninguna de las grandes epopeyas humanas es el amor de modistería, el de pura sexualidad, el asunto central. Y en nuestra gran epopeya nacional, en el «Quijote», jamás se nos presenta en carne y hueso, y menos vestida ni desvestida, a Dulcinea. Dulcinea es la Gloria, la Vida, o mejor, la Sobrevida, la Sobrevivencia.

No, no; no me pidáis que os hable de literatura en el sentido bajo y técnico que a esta categoría le dan los literatos de profesión, los que se dedican a hacer estilo. Y se dedican a hacerlo porque la cosa de que hablan no tiene de por sí estilo. No me pidáis que os hable de literatos que sólo buscan cosquillear los oídos de sus lectores con un ritmo de piano mecánico. «¿Qué novedades hay por ahí?» No entiendo de novedades.

¿Es que este viento huracanado que está soplando sobre el mundo de los espíritus no va a barrer, como hojas secas de un árbol que no da ni flores ni fruto, toda esa hojarasca de poemas de modistería? La hoja de higuera que sirvió a nuestros primeros padres para cubrirse sus vergüenzas era, sin duda, de una higuera que no daba fruto. Y no digo flor, porque la flor del higo está dentro del fruto mismo. Y esa poesía de modistería no es más que para cubrir vergüenzas.

De cuando en cuando me llega alguna de esas hojas. Y me hace el efecto de un sinsonte o de un jilguero cantando, mientras retumba la tempestad o roncán los cañones. Y lo terrible es cuando el sinsonte quiere remedar el toque del clarín. Es cosa terrible, en efecto, cuando un mozo, en las primeras inquietudes de la pubertad, toma por acentos épicos lo que no son más que arrullos a la novia conocida o desconocida. Porque hay tal poeta joven que cree estar cantando la revolución social o la catástrofe universal, y no está sino requebrando a su novia. Se hace el apóstol, el profeta, el vate, para que alguna se fije en él. Y así su obra se reduce a obra de modistería.

Hace unos años se llamó modernismo en literatura a una manera—manera y no estilo—de hacer que hoy no tiene ya nada de moderna. El nombre va cayendo en el olvido, pero la cosa, el modernismo subsiste. Es la novedad, es decir, la sastrería. Y cuando se tiene a la vista la clientela femenina—femenina, no humana,—entonces no es más que modistería.

Mujeres que me leáis—y que yo creo que seáis hombres, «homines»,—no hagáis nunca caso de varones que escriben para vosotras. Porque esos no formarán el alma de vuestros hijos. Y yo pienso siempre en vosotras como en madres. Y para una madre no hay problema alguno que le preocupe a un padre que no le deba preocupar a ella. Y lo más terrible en política sería que, como entre las hormigas y las abejas, nos gobernarán las neutras.

Y ahora tendría que deciros algo del sufragismo de solteros y solteras.

